



Año XLIX

Orihuela 1 de Octubre de 1932

Num. 1171

Fundador: D. ADOLFO CLAVARANA

Primer aniversario de
LA SEÑORA

Doña Josefa Bofill Regidor

VIUDA de Don ADOLFO CLAVARANA

Terciaría Franciscana

FALLECIO EL 8 DE OCTUBRE DE 1931

Habiendo recibido los Santos Sacramentos y la Bendición de Su Santidad

D. O. M.

Sus desconsoladas hijas: Doña Dolores y Doña Teresa; hijos políticos; hermanos políticos; nietos, viznietos, sobrinos y demás parientes, y la Dirección de «La Lectura Popular», suplican a todas las personas piadosas la encomienden a Dios Nuestro Señor, por cuyo acto de caridad cristiana le anticipan las más expresivas gracias.

Orihuela 1.º de Octubre de 1932.

Varios Prelados han concedido indulgencias en la forma acostumbrada por la Iglesia.

festivas notas de la música en las calles, las dulces armonías de la orquesta en los coliseos y los armoniosos acordes del órgano en los templos del Señor.

Oigo el hombre que declama en los teatros, subyugando a su auditorio, al orador que perora cantando las glorias de la patria, al poeta, que al dulce son de su acordada lira entona sus inspirados himnos a la belleza; como al amigo que habla de su amistad, al amante de su amor, a la madre de su hijo, al sabio de las maravillas de la tierra y al santo de la eterna felicidad del cielo.

Cerrado el oído por la total sordera queda el hombre en el mundo rodeado del mismo silencio que acompaña al centinela que vigila en la noche, al viajero que cruza un desierto dilatado y al muerto que llevan a enterrar.

Para él no hay voces de alegría ni de dolor, gritos de angustia ni gritos de esperanza, bendiciones de amigos ni maldiciones de enemigos, exclamaciones de espanto y de derrota, ni aclamaciones de júbilo y de victoria. Habla y no pueden hablarle, pregunta y no pueden contestarle, es una estación de comunicaciones inutilizada y cerrada a perpetuidad.

Bendito sea el sentido del oído y bendita la bondad y sabiduría de Dios al que debemos un tan precioso sentido!

El sentido del oído es mi HABER

Tengo recibido de Dios, su Autor el sentido del oído, el cual poseo en usufructo y puedo utilizar para los fi-

DEBE Y HABER

DEBE el hombre el sentido del oído

No soy sordo. Merced a mi oído, aparato receptor de telefonía sin hilos que por duplicado llevo montado en las dos *altas voces* de mis orejas, puedo oír a cualquier hora y en donde quiera que esté, todos cuantos sonidos y ruidos se producen dentro de los límites naturales de su potencia receptiva.

Sin éste aparato vivo y natural, que Dios instaló en mi organismo para la audición, estarían de más los que el hombre inventó y artificialmente construyó para recibir los sonidos a gran-

des distancias, puesto que son aparatos muertos a quienes da vida y razón de ser mi oído vivo y natural.

Oigo, pues; en la arboleda los suspiros de la brisa, los susurros del viento en los pinares, junto a ríos y fuentes el murmullo de sus aguas, en la playa el rumor grave y profundo del mar; como en la selva el bramido del huracán, en el monte el horroroso estampido del trueno y en la hondonada la fuerte trepidación de la tierra que se mueve estremecida.

Oigo cantar las aves en las copas de los árboles, el alegre sonar de las campanas en lo alto de las torres, las

nes de mi vida, no contrarios al fin que Dios tuvo al hacerlo y dármele para mi utilidad y provecho.

No hay autor que construya una estación de comunicaciones receptora para servicio de sus enemigos, ni poseedor de ella que la mantenga abierta en perjuicio de sus propios intereses. Luego mi oído debe estar cerrado para todo lo que Dios, su autor, prohíbe oír y cerrado también a todo lo que pueda inducir mi entendimiento a error, desviar mi voluntad del bien o desbocar mis pasiones para que se precipiten por la pendiente del vicio.

Debe, por el contrario, estar abierto mi oído en primer lugar para recibir y creer la palabra de Dios, que, por ser la misma Verdad, no puede engañarse ni engañarme. Debo oír su ley Santa, para que la abraza y practique mi voluntad, puesto que ella es la que marca la única senda por la cual el hombre llega a la consecución de su último fin; y debo, en fin, oír la voz de la Iglesia que me indica cuales son las voces engañosas que pueden apartar mi entendimiento de la verdad, mi voluntad del bien y mis pasiones del imperio de la razón, para cerrarles el paso y comunicación con mi alma.

Debo abrir también mi oído a la elocuencia humana que defiende la verdad y el bien, a los himnos que la poesía canta a la verdadera belleza, a la música que eleva y ennoblece los sentimientos y a las voces de la naturaleza toda que ensalza a su Criador; pero lo he de cerrar a la palabra humana que inculca el error y la maldad, a la poesía que canta al vicio deforme, a la música que excita la sensualidad insana y a los gritos subversivos de toda baja y descompuesta pasión.

Debo ser sordo voluntario, debo tener oídos y no ir, para despreciar toda palabra que no sea útil y provechosa para mi vida de cristiano pues nadie franquee la puerta de su casa ni admita el trato y comunicación con los enemigos de su alma y de su propia felicidad; prefiriendo la soledad del desierto y el silencio de las tumbas, a la compañía y conversación de los que pueden turbar la paz del espíritu y robarle el trato y comunicación con Dios, que es el fin para que el hombre fue criado y se le dió el sentido del oído.

Escenas socialistas

Uno de tantos

(El hecho sucede en un mitin. El orador es un jefe socialista bien trajeado y con una curvatura abdominal escandalosa.)

— (El orador). Toda mi vida es un sacrificio por el obrero. *El ademán por equivocación ha sido hacia la panza. Risas.* El socialismo es la redención del obrero. La burguesía, ¡ah! he ahí el enemigo...

— (Una voz.) ¡Y tus relaciones con los burgueses? ¡Farsante!

— Si me veis en los palacios de los ricos es en beneficio del proletariado.

— Dijiste muchas veces, que un socialista debe huir del burgués como de la sarta.

— Voy a parlamentar con ellos como con enemigos.

— Malas lenguas dicen que a vivir a costa de ellos y... a costa nuestra.

— ¡Eso es ruín calumnia!

— ¡Por qué triunfas hoy como burgués, y antes te roías los nudillos?

— ¡Calumnia, calumnia!

— ¡Y los hotelitos que has adquirido y las rentitas que tienes?

— ¡Mi trabajo!

— ¡Tu trabajo! Pero si antes trabajando no comías ¡cómo ahora sin trabajar ahorras?

— (El auditorio.) ¡Que explique su gestión como jefe! (Varias voces.) ¡Que diga de dónde le han caído las brevas que disfruta!

— Aquí no hay disciplina. Partido sin disciplina es cosa perdida...

— ¡Al grano, al grano!...

— Mi vida es un sacrificio.

— Haz ahora el sacrificio de dimitir.

— (El auditorio.) ¡Que dimita, que dimita!

— ¡No dimito!

— ¡Por qué?

— ¡Por bien vuestro!

Es absurda la prevención que se pretende mantener en el pueblo contra el Clero, que siente predilección por aquél, toda vez que las clases populares son las que dan el total del contingente al ejército de la Iglesia, hoy que se desdeñan de formar en sus filas las privilegiadas: no hay en la historia institución más democrática que el sacerdocio católico.

LA OLA NEGRA

La marcha de los tiempos permanece secreta para nosotros. Sin embargo, volvemos la vista atrás y nos instruímos y adquirimos confianza. La sociedad, como el mar, unas veces está tranquila y otras alborotada. Las aguas que un día, rugientes, se traen una barca de pescadores, al día siguiente aparecen hermosas y serenas, reflejando el azul del cielo.

En España corren los cristianos un temporal deshecho. Más furioso los han corrido en otras naciones. Claro día, un alcalde suprime el crucifijo de la escuela; otro alcalde aprisiona a un sacerdote por acompañar a un enterrado; otro considera que el «Quijote» es poco láico, y lo prohíbe en las escuelas; otro impone multas a las señoras por el delito de llevar colgado del cuello un crucifijo; otro impide la peregrinación a un santuario.

Es un pequeño terremoto que echa abajo unas cuantas casas; es una ola maléfica que hace zozobrar algunas barquillas.

Nos sentimos heridos, pero las heridas se cicatrizan; nos sentimos encadenados, pero las cadenas se rompen. La Divina Providencia no ha escatimado a los hombres el combate, la enfermedad y la miseria; mas la fe del cielo, nos salva y nos corona. Sin la fe, ni se salvan los pueblos ni los individuos. La Historia nos dice que todas las grandes épocas de la Humanidad han sido épocas de fe. La experiencia nos enseña que nuestro carácter declina el día que perdemos la fe. El comerciante incrédulo fía su paño con más confianza al creyente que al impío. El excéptico ríe del que entra en la Iglesia, pero le da la mano de mejor gana que al que blasfema.

Nacemos engendrados en la fe, venimos al mundo sellados por la mano de Dios; y nuestra decadencia principia así que intentamos borrar el sello divino. Nuestro corazón tiene ansia de fe. El pobre marinero, cuando advierte que el barco se hunde, pide socorro al cielo. Todos lo pedimos igualmente cuando nuestra vida se

resquebraja y nos vemos abandonados de los hombres.

Bajemos la cabeza y dejemos pasar la ola. Pronto se calmará la mar y lucirá el sol.

Lo que tengo ante los ojos allenta mi esperanza. Llego a este pueblo de Francia después de dos años de ausencia, y observo que la fe ha crecido como los árboles. Más respeto a la creencia, mayor devoción. En este tiempo se han levantado dos templos, uno en la playa de Cap Bréon, otro allá enfrente, en la de Hossegord. En la patria de Voltaire se construyen iglesias. En la de Santa Teresa se queman. Se alzan en las encrucijadas de las carreteras estatuas del Sagrado Corazón de Jesús, sin que ninguna mano sacrílega intente derribarlas. Ayer he visto en la iglesia una muchedumbre que se acercaba al altar para recibir la comunión.

Hace siglo y medio, el que pretendía comulgar subía a la guillotina.

Con razón se dice que los días se suceden, pero no se parecen. Todavía después de aquellos aciagos han obscurecido el cielo algunas nubes. Dos gobernantes sectarios se obstinaron en herir la conciencia religiosa de su patria. Más ésta sopló sobre las nubes y volvió a lucir el sol.

La mujer francesa es quien ha lo grado ahuyentar los espíritus malignos. Esta mujer francesa, tan calumniada por novelistas sórdidos, guarda en el fondo de su corazón el tesoro de la piedad cristiana.

A la mujer española le toca hacer lo mismo. Esperemos de ella la regeneración espiritual de nuestra nación.

Cuando los discípulos del Crucificado huían desbandados del lugar del suplicio, solamente las mujeres permanecieron, intrépidas, al pie de la cruz. Hoy que los católicos titubean o se esconden, las mujeres aparecen tranquilas, cruzan de su cuello el santo crucifijo, y se exponen impávidas a los insultos y a los brutales atentados de la barbarie imperante.

No hay que pedirles valor, pero sí prudencia. Que no se dejen engañar. Que no escuchen el reclamo melodioso de los que buscan su amparo para

lograr ambiciones políticas y satisfacer mezquinos intereses personales.

Santas mujeres españolas, poned vuestros ojos en el cielo; no miréis a la tierra. Dejad que se hundan los trozos de barro. Salvad el trono de Dios.

Armando Palacio Valdés.

Cap. Bretón-sur-Mer.

ACTUALIDADES

Viva la Iglesia de Cristo

Este es el único grito que puede salvar a los hijos del trabajo de la explotación que en él ejercen los más fuertes.

La libertad de trabajo ha sido una de las patatas revolucionarias con que el liberalismo ha engañado al pueblo.

La Iglesia quería y sostenía los gremios.

La revolución los destruyó.

Mediten los hijos del pueblo qué significa todo esto.

Vean lo que es hoy el obrero y lo que era antes.

Lean detenidamente la *Enciclica sobre la condición de los obreros* y allí verán dónde está el mal.

La revolución ha destruido la agremiación obrera. Ha dicho: «Nada de limitación, nada de tasa; libertad».

Y... es natural; el más gordo se come al más pequeño...

La verdad católica en el terreno social es esta:

«El hombre no es libre para explotar al hombre.»

«Sobre la libertad del hombre está la justicia de Dios.»

«Esta justicia exige que se ate la mano del más fuerte y esa mano sólo la Iglesia católica puede atarla con las cadenas de la fe y de la caridad.»

«Cuando el hombre no cree, se convierte en una bestia.»

«Y la bestia grande devora siempre a la más pequeña.»

«Luego el que hermana la libertad con la incredulidad es el mayor enemigo del pueblo.»

Estas líneas, escritas por Clavara-na hace más de treinta años, tienen siempre viva actualidad.

Mientras la doctrina de la Iglesia no informe las relaciones de obreros y patronos; mientras patronos y obreros no sean católicos de veras y sigan a Cristo las luchas sociales se sucederán, causando enormes e irreparables perjuicios a los pueblos.

Las sacudidas actuales son llamadas al camino de la verdad.

¿Harán de ellas caso los de arriba y los de abajo?

¿Moverán a los ricos a favorecer las obras sociales y católicas?

¿Moverán a los obreros a ingresar en las sociedades católicas?

¡Desgraciados de unos y otros si no rectifican a tiempo! Vendrá día en que quieran arrepentirse y no habrá lugar.

¡Aún es hora de hacer triunfar el movimiento social católico.

Cómo pierde ambas manos un obrero

Bajo este título publica nuestro querido colega de Pamplona "El Pensamiento Navarro", el siguiente suelto:

"No ha mucho entró un joven obrero en un hospital de Madrid atendido por Hermanitas. Adelantándose hacia una de ellas, y mostrándole la palma de su mano derecha, le dijo:

—Querría usted ponerme alguna cosa en esta mano?

Observó la Hermanita en la mano que le presentaba una llaga, cuyo aspecto le causó mala impresión, por lo que en lugar de vendársela, después de aplicarle un remedio común, juzgó más conveniente conducir al obrero hacia uno de los médicos del establecimiento benéfico. Apenas el doctor clavó la vista en la mano enferma, con aquella cruel naturalidad propia de no pocos de los que están acostumbrados al ejercicio de la Medicina, dijo secamente:

—Hay que amputarle inmediatamente esta mano; esto es gangrena.

El obrero, pálido como un cadáver, trató de ver si conseguía del médico siquiera una débil esperanza de curación por otro medio que le permitiera salvar la mano.

—Imposible—replicó el hombre de ciencia:—la amputación inmediatamente, si no quiere perder el brazo.

Romplendo en amarguísimo llanto sacó el obrero la mano izquierda del bolsillo en el que desde su entrada la ocultaba; estaba rígida, seca. El médico, conmovido, hubo de decirle:

—¡Pobrecillo!... Y ésta también ha de ser cortada si desea conservar la vida.

En el día en que las turbas, enloquecidas, redujeron a cenizas el grandioso colegio de las Maravillas, de Madrid, aquel obrero había mutilado la imagen de San José, cortándole ambas manos. El mismo lo confesaba.

En estos tiempos de desenfreno se cometen profanaciones sin cuento y se hace escarnio de los más santos preceptos del Señor. La mayoría de estos actos quedan impunes, al parecer; pero que tiemblen los profanos: ¡Dios vive todavía! Y sabe hacer ostentación de su poder cuando le place."

Celebración del "Día Misional" domingo 23 de Octubre de 1932

Pocas fechas han adquirido el carácter de históricas con la rapidez y universalidad como la del "Día de Misiones"; porque empezado a celebrarse en 1927 ha entrado tan de lleno en el ciclo de las fiestas eclesíásticas que con dificultad se encontrará parroquia e iglesia, no sólo en los países de antiguos cristianos sino también entre los nuevos de las mismas tierras de Misiones en que no se celebre.

No es del caso investigar las causas de este fenómeno singular; pero al punto saltan a la vista del pensador medianamente reflexivo la bondad y trascendencia de una obra enteramente divina y espiritual, encaminada a labrar la felicidad temporal y eterna sobre todo, de pueblos desconocedores del Dios verdadero y sumidos en el vergonzoso fango de errores y supersticiones indignas del hombre; y las

incesantes súplicas, exhortaciones, apremiantes llamamientos y como divinos conjuros del Padre común de los fieles, cuyo corazón abrasado en celo apostólico, busca un desahogo solicitando a todos sus hijos a que cooperen a la conversión al catolicismo de más de mil millones de infieles. El 9 de Abril de este mismo año, en la audiencia concedida a los Directores nacionales de la Obra de la Propagación de la Fe, con palabras que arrancaron lágrimas de emoción intensa manifestó de nuevo su paternal solicitud por la pronta conversión de los Infieles haciendo votos, para que eclesiásticos, religiosos y católicos todos intensificarán más su celo por la extensión del reino de Cristo. Así que no es de maravillar que acusados por tan elevados ejemplos de celo, el Presidente del Consejo general de la Obra de la Propagación de la Fe de Roma, y los Directores nacionales de la misma y el nuestro en especial, repitan una y otra vez las instrucciones, reiteren los llamamientos para que la finalidad del Domingo universal de Misiones sea cada día más conocida, secundada de todos los fieles, y más fecunda por lo mismo en frutos de gracias espirituales y temporales para la conversión del mundo infiel.

Y esta propaganda del Día misional, y la consiguiente petición de oraciones, sacrificios, limosnas y otras buenas obras dicen una y otra vez que no se han de dejar en el presente año; apesar de las circunstancias, con la escasez actual de recursos, aun cuando se pide tanto a los fieles por otros motivos...; dicen no obstante que hay que confiar, que se ha de rogar, que se han de dar a conocer las necesidades de las Misiones y de los misioneros, que la caridad no tiene límites, que descubre veneros desconocidos... que oremos, que pidamos, que supliquemos, que el Espíritu de Dios inspirará dónde y a quién quiera y lloverán las limosnas, y se convertirán las almas.

Respondamos, pues, a estas voces, a estos llamamientos del Vicario de Cristo y de los encargados por él mismo, de promover entre los católicos la obra misional; grandes y pequeños,

ricos y pobres, jóvenes y niños, hombres y mujeres: no ha de haber católico en el próximo domingo 23 de Octubre, que no ore por la conversión del mundo infiel, y que no ofrezca la misa y la comunión, como lo desea nuestro Papa Pío XI; además todos los católicos dignos de este nombre, en la anual jornada del pueblo católico a favor del infiel, deberían contribuir con algún donativo, fruto de alguna privación y sacrificio; y así nuestra oración avalorada con el mérito del sacrificio nos será más provechosa, inclinará más a la Divina Bondad a escuchar nuestras plegarias y el espíritu de universal fraternidad tendrá el sello característico y peculiar que le distinguirá a mil leguas de distancia de la otra huera, contrahecha y sin sustancia.

Yo respeto todas las ideas

A cierta clase de gentes no se les cae de los labios la siguiente frase: Yo respeto todas las ideas.

Pues... con perdón. Yo no respeto más que las verdaderas.

¿Qué diríamos del enfermo que respetara lo mismo el dictámen de una eminencia médica que el de un ayuno en medicina? ¿Que respetara tanto a su esposa como a una bruja, a la autoridad como a los asesinos?

Quien de este modo procediese ¿no debería ser detenido por loco?

En el Banco de España no se guardan los mismos respetos al billete falso que al verdadero; allí no se recibe indistintamente toda clase de moneda, sino la corriente y de buena ley, que es la que tiene verdadero valor.

Ya sabemos, pues, lo que hemos de responder cuando oigamos la frasecita en cuestión.

Los Crucifijos y las Profecías de la Madre Ráfols. Relación histórica.

Precio del folleto 25 céntimos.

Revelaciones del Sagrado Corazón de Jesús a la Madre María Ráfols y Biografía de esta Madre.

Precio del folleto 40 céntimos.

Franqueo 0'05 céntimos. Certificado 0'05 céntimos.

Los pedidos acompañados de su importe al Administrador de «La Lectura Popular», Orihuela.

Imp. La Lectura Popular.—Orihuela.